

El Baluarte

DIARIO REPUBLICANO

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
Lagar núm. 5.

NUM. 221

Sevilla—Jueves 25 de Septiembre de 1902

AÑO XXVI

Los aliados del régimen

La mayor parte de los oficiales del ejército español, singularmente aquellos que tenían afinidades con la aristocracia, abandonaron las banderas de la patria y fueron a alistarse bajo el pendón del pretendiente, cuando triunfante la revolución de Septiembre y entronizada una dinastía enemiga de los Borbones, consideraron perdida la causa de la destronada doña Isabel y sus descendientes.

Por eso la guerra carlista tomó grande incremento y llegó a constituir una verdadera amenaza para aquellos gobiernos que no atinaban con medidas de gobierno, ni con planes militares para acabar con el carlismo.

Proclamada la República, todavía aumentó el contingente de las traiciones, y hubo un momento en que D. Carlos mismo consideró empresa fácil llegar hasta Madrid y posesionarse del palacio de la Plaza de Oriente. Afortunadamente no ocurrió el triunfo, considerado seguro por algunos; y aunque los generales republicanos no fueron más afortunados que sus antecesores, por hallarse rodeados de elementos que preferían huir ó esquivar encuentros con los carlistas antes de combatir por la patria y por su Gobierno, legalmente constituido, como todo el país era adversario y enemigo encarnizado del pretendiente y de lo que representaba, sin haberse manifestado de una manera ostensible, se observaba algo de unánime reprobación y se percibían síntomas de una acción de pueblos y ciudadanos, dispuestos a cerrar el paso a las huestes carlistas y las divisiones de éstos, ya dispuestas para un movimiento de concentración combinada sobre el centro de España y la capital central, residencia del Gobierno republicano, no se atrevieron a realizarlo.

Y fué vencida la República, y triunfaron los vencidos con la renuncia que D. Amadeo hizo del trono; y en aquellos días tristes del 74, después de las jornadas de Montejurra y Bilbao y Estella, empezó el alfonsoismo á crecer; y los aires del Norte y los ecos de los soldados que formaban en los cuerpos de ejército á anunciar la conspiración que en filas se fragua para proclamar al desterrado hijo de Isabel II; y cómplice ó torpe el Gobierno de Madrid, no lo evitó; y tras del duque de la Torre, cuando en Diciembre fué de nuevo á ponerse al frente del ejército, iba la traición, y en Madrid quedaban los más comprometidos, atisbando el momento, contando con la benévola indolencia de aquel Gobierno que pocos días después, y sin lucha, cedió la poltrona á los ministros regentes de Alfonso XII.

No culpemos á nadie. El partido republicano, aunque deshecho y dividido después del vencimiento del 3 de Enero, pudo resistir. No lo hizo, sin embargo. Sus jefes y caudillos sabrán por qué.

La restauración se encontró con dos grandes peligros: uno por la derecha, representante de todas las tradiciones y de todo el pasado, con su lastre clerical y papista, y otro por la izquierda, formado entonces por todos los demócratas y por todos los elementos populares.

Conquistar á Roma con dádivas, con oro y con halagos, era empresa fácil y de gran trascendencia, porque arrebató al pretendiente el apoyo del clero, y lo logró con extrañas ayudas. Los oficiales pasados volverían á filas, como volvieron, y también esto restó un gran contingente al pretendiente.

Luego el soborno, el oro, la vuelta ó el ingreso en el ejército de algunos cabecillas prestigiosos, dió fin con la campaña carlista.

La guerra había terminado; pero era preciso destruir la posibilidad de otra nueva lucha, y entonces se pensó atacar á la causa, y la causa en el partido el jefe, y D. Carlos se sometió por virtud del pacto de familia de que tan admirablemente nos hablaba la pasada semana *El Evangelio* de Madrid.

Los gobiernos de la regencia concluyeron así con el carlismo, pero siguieron haciéndole el juego, para que fuera el coco de los liberales y una especie de barrera para contener la acción de los republicanos.

También en nuestro campo segaron mies,

desde el intelectualismo hasta la blusa del modesto trabajador.

Aquellos cimbríos famosos de la revolución entonaron el *mea culpa* y claudicaron sumándose con unos muy contados republicanos entre las huestes del vencedor, que ofrecía generosos grandes empresas mercantiles, altísimos puestos en la administración pública, dinero, es decir, oro, mucho oro, honores, distinciones y también la impunidad para todos los irregularizadores que se pasaran.

Pero el más extraño de los aliados no lo constituyeron ni los traidores á don Carlos, ni los hombres de la revolución que renegaron de ella, ni los banqueros y agiotistas, atentos siempre al beneficio del oro, sin otra patria, sin otra familia y sin otros ideales que la libra esterlina; ni siquiera los curas, por miedo á la supresión de su ministerio como funcionario del Estado; ni los militares, por temer que gobiernos republicanos avanzados pudieran decretar el término del ejército permanente tal y como se hallaba y aún está constituido; al fin, todos estos se agitan siempre por intereses, por los que no se mueve el pueblo.

El proletariado, el obrero, también fué arrastrado á repudiar á su compañera eterna, sin la cual, ni logrará las reivindicaciones, ni conseguirá salir de la abyección y de la servidumbre, aunque le brinden con la holganza y con el hartazgo sus apóstoles, esos merodeadores de la burguesía, á la que en público maldicen y ante la que se rinden en privado.

Aquella internacional de trabajadores, convertida más tarde en partido obrero, que tantas perturbaciones producía ya á los gobiernos populares, se sintió manso cordero, y después de haber proclamado todas las revoluciones, se inclinó ante la dinastía haciendo coro á todas las condenaciones, á todas las diatribas, á todas las ofensas contra la República y contra los republicanos. Poco han medrado, sin embargo, y si la prensa, más ó menos dinástica, dejara de hacer el juego del socialismo obrero, Iglesias y sus capitanes serían hoy gentes oscuras y desconocidos de todo el mundo.

Pero hay que combatir á todo trance á los republicanos, hay que hacer imposible el triunfo de la república y evitar que la democracia sea el régimen de España; y para esto, desde el papa de Roma, hasta el infatuado pontífice del proletariado, están dispuestos á ayudar á la dinastía imperante.

Este *ayuntamiento* de todas las impudencias, esta unión de todas las vergüenzas, esta inteligencia de todas las perfidias, estas nupcias del sacrilegio, son los enemigos de la democracia, aunque vengan con ridículos alardes y con atrevimientos de gigante desde su cuna de enanos.

El partido republicano se vió fuerte: vigoroso, lleno de energías que representa la única causa justa, rechaza esos ataques ridículos y sabrá responder á su altísima misión de salvar á España y redimir al pueblo por la fuerza para integrar el imperio de la justicia, hasta para esos mismos desdichados que olvidan el hogar paterno para hacer los requiebros de la coqueta adinerada que les humilla con sus dádivas.

Apesar de esa política única, constante, perdurable, porque se ha distinguido el período que abrió don Alfonso XII; apesar de todas las traiciones, triunfaremos, porque con nosotros está la razón, porque nosotros representamos el progreso, porque la democracia es el gobierno del bien, de la justicia y de la equidad, sin privilegios de clase, sin espíritu de secta y sin provecho particular de familia, entidad ó corporación.

El nivel no le conoce más que el hombre justo y el trabajador honrado, y ese es nuestro secreto y en esto consiste nuestra fuerza.

Lo mismo el privilegiado de la fortuna que el charlatán de oficio, son siervos desequilibrados por el pecado y por el vicio, y por igual entes y personas despreciables.

Y como la sociedad tiende al progreso por el nivel de los triunfos del charlatanismo y del privilegio, son efímeros, y será cierto y perdurable el de la democracia, contra sus enemigos, aunque estén aliados la cogulla y la blusa, la mitra y el privilegio.

A. ALBERT.

Murmuraciones

Mazzantini y Bombita se retiran del toro. Tienen más conciencia que el Sr. D. Práxedes Mateo Sagasta.

Aquellos, más jóvenes y en disposición todavía de dar á la patria torera días de gloria, se cortan la coleta y dejan el puesto vacante para que lo ocupen otros más animosos.

Sagasta, apesar de los pesares y de lo mal y detestablemente que dirige la lidia política, sigue erre que erre, anunciando la retirada, pero sin retirarse.

Este diestro en perder colonias y en empeñar todas las libertades en la Casa de préstamos que tiene establecida la Monarquía, concluirá por aburrirnos á todos, después de aburrirse él.

Un temporal horroroso ha habido en Madrid ayer. Truenos, rayos y centellas con grandes lluvias... amén de otras cosas que se ignoran y que también podrán ser de funestas consecuencias y de desgracias también. ¡No le ha sucedido nada a Segismundo Moret! Más vale así: ¡que nos viva ese gran hombre de bien!

Estos días que están transcurriendo son de interés palpitante para la política sevillana.

Los individuos del partido liberal—derecha é izquierda—se han reunido en formación respectiva y en sitios distintos, y ambos grupos han acudido, de levita y castora, á saludar al nuevo Gobernador Sr. Polanco.

Este funcionario se ha quedado como el que ve visiones al observar lo cumplimenteros que son en Sevilla.

—¡Llevo tres días y todavía no he tenido tiempo de pasear siquiera por la calle de las Sierpes!—ha dicho.—De las 150,000 almas que gobiernan, ó que tengo obligación de gobernar, ya he tenido que darle la mano á 20,000. A este paso, la mano derecha me la gastan.

El grupo liberal—derecha—fué capitaneado por el Sr. Jimeno de Ramón, Alcalde interino y jefe ocasional.

Los elementos parodistas, muy bien vestidos y aseados, hicieron cola detrás de D. Emilio, y éste entró en el Gobierno civil más ancho que un pavo.

—Señor—dijole á Polanco—todos estos caballeros que me acompañan son exdiputados, diputados, exconcejales, concejales, exgobernadores, aspirantes á gobernadores, y amigos íntimos, sumisos incondicionales, del señor Marqués de Paradas... Entre todos juntos es posible que se pueda formar un misterio de la Santísima Trinidad, quiero decir, dos personas y un palomo. Como hay quien se adjudica la representación del partido, y aquellos que así lo hacen no están presentes, lo hago constar para que vuesstra excelencia sepa que éstos, éstos únicamente son las verdaderas rosquillas de la tía Javiera. Somos tantos y tan buenos que, á no estar yo ahora en el Municipio, hubiéramos tenido que buscar un sotaa calde con un candil. No hablaré de la historia inmaculada de cada uno, porque peor es meneallo. Los que somos algo dentro del partido liberal monárquico venimos desde el partido republicano. Yo, por mi parte, no me arrepiento de haber sido republicano posibilista...

El Gobernador.—Ni yo. Alcalde.—¡Ah! ¿Con que V. E. también fué republicano? ¡Pues sabe V. E. que la monarquía tiene arraigo en España por las que llueven!

Al día siguiente de la anterior entrevista acudió al despacho del señor Gobernador la otra fracción—izquierda—del partido liberal.

El portero de V. E. anuncia: —Una comisión del partido liberal desea saludar á su señoría.

—¡Pero si ya vino ayer!—dice el señor Gobernador.

—Es otra: el partido liberal sevillano está partido por gala en dos.

—Que pase.

El Sr. Borbolla.—Tengo el gusto de presentar á V. E. esta colección de amigos que me traigo... Como verá, y si no lo ve, yo se lo diré, todas son personas de brillante posición social, ajenas por completo al merodeo de la política, ajenas por completo al merodeo de la política. En re mis amigos no hay ninguno que tenga por oficio el ser diputado provincial ó concejal, sino que los son aquellos que yo designo para el bien de mi partido, es decir, de nuestro partido. Nosotros no nos andamos por las ramas, sino que reconocemos por jefe al propio señor Sagasta, hoy... Mañana, Dios dirá. Antagonismos locales nos han hecho vivir apartados de

otra fracción que hay en Sevilla y que se titula liberal: todos somos los mismos, con la diferencia de que nosotros hacemos aquello que nos parece, y ellos lo que buenamente pueden hacer. Pero... liberales todos, amigos de Sagasta todos. Hemos oídos decir que V. E. tiene el encargo especial...

Gobernador.—De unir las dos fracciones. Borbolla.—A. ello estamos dispuestos en lo que de nosotros dependa.

Gobernador.—Bajo la jefatura del Sr. Marqués de Paradas.

Borbolla.—Indudablemente. Nosotros somos los primeros en reconocerla y acatarla.

Gobernador.—Entonces, ¿qué pasa aquí? ¿Por qué no os apretáis?

Borbolla.—Por temor á estrujarnos... Pero que conste que mis amigos todos son personas bien vestidas, que no tienen que pedir levita prestada, y que, como yo, no desean otra cosa que ver á España próspera y feliz.

Gobernador.—Luego la unión en ambas fracciones, moralmente esta hecha.

Borbolla.—Moral se fué á lo del pimentón sin poderlo lograr. Si V. E. quiere, *polacamente* podremos hacer la unión... Por mí no hay dificultad alguna hasta que vengan las elecciones.

El señor Duque de los Abruzzos se guasó ayer de las autoridades sevillanas al decir de los periódicos bien enterados.

Les dijo que marcharía por la parte Norte á las diez, y luego se fué por la parte Sur á las seis. ¡Se conoce que el príncipe italiano es hombre de buen humor!

No es exacto, según dice el señor Rodríguez, que el Banco de España piense elevar el tipo del descuento.

Lo que elevará será la circulación de papel. Para comodidad del público.

¡Apenas si es cómodo corretear una calle entera pidiendo por favor que le cambien á uno un billete!

El Sr. Moret ha contestado á los representantes de las clases obreras de Sevilla que pierdan las esperanzas de que se les conceda la apertura de los centros mientras no entren en el camino de la legalidad.

El camino de la legalidad es el camino que siguen los centros y casinos de Madrid, San Sebastián, etc.

Ruleta, monte y demás entretenimientos legales. Lo ilegal es aquí ocuparse en la cuestión social.

Esa la tiene resuelta el Sr. Moret desde que hipotecó su última finca.

CARRASQUILLA.

ENTRE NEOS ANDA EL JUEGO

Ó PANAMÁ MÍSTICO

El hecho de haber intervenido el Juzgado instructor en los *negocios* místicos que traían entre sus manos pecadoras los cofrades y mangoñadores de la hermandad de la *Sagrada Cena*, ha removido el lodazal neofarisaico, poniendo al descubierto algo que ya estaba en la conciencia del pueblo, y es que dichas hermandades ó cofradías, salvo muy contadas excepciones, lejos de servir para cultivar y fomentar la piedad religiosa, son, por el contrario, focos en que satisfacen sus libidinosos instintos gomorrianos algunos estetas, más ó menos láicos, y donde, á costa de beatas gazmoñas y niños *luisés*, encuentran medios para vivir holgadamente sin trabajar todos esos infusorios de la Iglesia que no tienen otro oficio que sacar á paseo imágenes y vestir y desnudar fetiches.

Pese á los trabajos realizados, según nos aseguran, por altas y poderosas influencias ton-suradas, para que el asunto no trascendiese al público, gracias á la prensa, y muy especialmente á nuestro colega madrileño *El País*, ya no es un secreto para nadie el tejemaneje y juego de escamoteo en que venían ejercitando sus religiosas inclinaciones los *maitres d'hotel* que dirigían en Sevilla la última Cena de Cristo con sus Apóstoles.

El juzgado de instrucción del distrito de San Vicente, de esta capital, por una parte y las manifestaciones espontáneas de los capigorriones de la expresada Hermandad por otra, han puesto de manifiesto ciertos hechos que vienen siendo la comidilla sabrosa de los pícaros heterodoxos, y han sembrado el pánico entre los candidos fieles, que solo conocían esas cofradías por el aspecto exterior que presentaban en sus pagánicas y lujosas exhibiciones.

En virtud de denuncia presentada por uno que fué mayordomo de la indicada Hermandad, el referido Juzgado sacó de la casa de préstamos establecida en esta ciudad en la Plaza de los Terceros, un carro cargado de objetos, que no sabemos si calificar de sagrados ó profanos, pero que, perteneciendo a la expresada Hermandad, habían sido pignorados *incorrectamente*, según lo demuestra la incautación que de ellos ha hecho el Juzgado, sin que el prestamista haya sido reintegrado en las 250 pesetas, más los intereses correspondientes al empeño.

Numeroso público vió salir de aquel barullo de prendas pignoradas las varas del pábulo de la Virgen y otros efectos que, si no pertenecen á la integridad del culto, al esplendor de éste contribuyen en las manifestaciones externas del mismo, con sanción de los celadores de la liturgia sagrada.

Sábase también que el manto de la Virgen está en rehenes, por deuda, en una taberna de Triana.

Se ha hecho público que la saya, el peto, la corona, la chapona y otras prendas interiores y exteriores de María Santísima, andan por esas casas de préstamos revueltas con las taleguillas de algún maleta y la guitarra de algún *tocaor* flamenco.

Se ha averiguado además, por confesión propia de los interesados, que para la corrida de toros que dió la Hermandad se hicieron á espaldas de ésta dos mil entradas, que se vendieron de *salondre*, aunque ahora no se sepa quién se guardó las *peras* de aquellos billetes clandestinos.

Sábase asimismo que *se han extraviado* un cordón de seda y oro valuado en 175 pesetas y unas cuantas arrobas de cera.

En fin, barájanse nombres, citanse hechos escandalosísimos, y en deducción se saca que entre unos cuantos *vivos* se han comido la Cena del Señor.

Con tal motivo, se han desenterrado hechos pasados que acreditan que dicha Hermandad de *La Cena* tiene en su historia páginas que hacen de color de rosa lo que se escribe en la actualidad.

Hemos oído asegurar que un tiempo estuvieron mangoneando en dicha Hermandad otros cofrades que, después de empeñar todo lo empeñable y enajenar todo lo enajenable, vendieron en Cádiz los doce Apóstoles que acompañaban á Cristo en la mesa, por lo cual hubo que hacer los nuevos comensales que hoy comparten con Jesús el pan y el vino en la cofradía de la *Sagrada Cena*, de Sevilla.

Pero hay más; el rumor público que asegura que son varias las cofradías sevillanas que se hallan en el mismo caso que la de *La Cena*, se funda no sólo en lo que ahora se ha evidenciado tan claramente, sino en el siguiente suceso, cuyos comprobantes están también en uno de los Juzgados de esta capital.

Fué nombrado hermano mayor de la cofradía de la *Oración del Huerto* un hombre digno y honrado, y al tomar posesión de su cargo advirtió que su antecesor había empeñado ¡hasta el riscó donde aparece Jesús en oración! El juez se incautó de todos los trebejos, los devolvió á la Hermandad, el prestamista perdió su dinero y al negocio se le echó tierra para... que no padeciera la religión.

Los que están llamados á evitar estos hechos hacen mal en encubrirlos, pues es un error creer que el prestigio de la religión exige encubrir los actos reprobables que cometen los que de la religión viven explotándola, cuando precisamente los tapujos dan á estos asuntos mayor importancia de lo que realmente tienen, máxime cuando hoy es imposible encerrar en el misterio estos chanchullos místicos.

Duro con esos mercaderes de la religión y sépase lo que en realidad son los cofrades y cofradías que sirven de pretexto para que se diga que Sevilla es una población eminentemente levítica.

Analfabetos

D. Juan Montilla, gran jurisperito y ministro á la sazón de Gracia y Justicia, ha propuesto, en su discurso de apertura de los tribunales, varias reformas de *misto*. Figura entre ellas la de negar á los analfabetos la plenitud de la capacidad jurídica. Según él, el analfabeto no debiera ser *sui juris* ni capaz para el ejercicio de sus derechos civiles. La incultura absoluta debería llevar aparejada una especie de *capiti diminutio*.

No sabe el ministro, ni le importa, si habrá quien califique esta opinión suya de osada y de cruel. Tampoco sabemos nosotros si al ministro le importará que alguien la tache de disparatada

é injusta. Porque puede muy bien haber quien se pregunte: ¿en qué va á consistir esa especie de minoridad de los analfabetos? ¿Se limitará su facultad de adquirir, de poseer, de disponer, de testar? ¿No podrán contratar? ¿No podrán administrar lo suyo? ¿Necesitarán licencia para contraer matrimonio? ¿No les será lícito cambiar de domicilio ó adoptar profesión? Y esa capacidad deficiente, ¿quién la suplirá? ¿Quién desempeñará la tutela que toda minoridad supone? ¿Será el Estado, por órgano del ministerio público? ¿Se encargará á los seis millones de españoles que casi saben leer y escribir la función tutelar sobre los doce millones de compatriotas que lo ignoran? Ya ve el Sr. Montilla que es más fácil convertir el solemne acto de apertura de los tribunales en ocasión en que lucir un radicalismo lícito, que no el proponer reformas útiles, hacerlas, discretas é inspiradas en el buen sentido.

El cual no sale de la lubricación ministerial peor parado que la justicia y la equidad. Sin duda es la ignorancia un gran mal y una gran vergüenza. El ministro la califica acertadamente de morbo social. Pero también es un morbo el tífus sin que por eso se le ocurra á nadie castigar á los tifoideos. Carácter de pena revisten así la susodicha minoridad de los analfabetos, como el hacer para ellos más gravoso el servicio militar y el rehusarles el desempeño de determinados cargos. Muchas veces el legislador, con propósito de estimular los matrimonios, decretó contra los célibes privilegios odiosos. Mas al fin el celibato puede, hasta cierto punto, ser tenido por voluntario. ¿Está bien seguro el ministro de que es voluntaria y por ende penable la ignorancia de los ignorantes? ¿Está bien seguro de que los que sufren el mal son los culpables de que el mal exista? ¿No habría sido acaso más equitativo el proponer que cuantos, en épocas tranquilas, desde la restauración acá, han gobernado á España, fuesen procesados en público, desnudos de medio cuerpo arriba y montados en sendos pollinos, para recibir de manos del verdugo una buena tanda de azotes?

Tal expiación, créalo el Sr. Montilla, nos enaltecería á los ojos del mundo culto. Al decir de Spencer, gran enemigo de todo lo que huele á Estado, el pueblo inglés se hallaría sumido en la barbarie si sólo á la acción oficial hubiese quedado encomendada la tarea de su educación. De ser cierta tal afirmación muy alto habla el dato en pró de la iniciativa individual británica. En ningún otro pueblo del mundo ha podido ser confiada á la sociedad la misión de educarse á sí misma. Donde quiera el legislador ha declarado obligatoria la enseñanza y el Estado ha tomado á su cargo el desempeño de este servicio. Hay para ello, sobre toda apreciación relativa á las funciones del poder público, una razón de elemental psicología. Por limitadas que sean sus facultades, por rudimentaria y viciosa que pueda ser su educación, siente el individuo el hambre, la sed, los apetitos orgánicos y trata de satisfacerlos. En lo que atañe á las necesidades del cuerpo, la naturaleza necesita preceptor; es ella misma maestra de sus hijos. Las necesidades del espíritu son de otra especie. No se sabe que existen hasta que la reflexión nos lo enseña. El hombre inculdo no experimenta la necesidad de educarse. El inmoral no siente la necesidad de corregirse. Cuanto mayor sea su incultura ó su inmoralidad y la consiguiente necesidad del remedio, mayores serán también no sólo su indiferencia, pero aún su hostilidad y su menosprecio hacia aquello que más necesita. Es como si el hambre inspirase, por ley natural, aversión al alimento y la sed horror á la bebida. Déjese á un pueblo inculdo entregado á su propia inspiración y no se adjudicará jamás.

Hay naciones en que la ciencia tiene tradición, la cultura encuentra estímulo, la propia religión enseña á leer, las clases directoras suelen llevar en el pecho y sobre los hombros otra cosa que un marmolillo. Allí la acción social prepara, secunda, suple á la de los poderes públicos. Aquí, no. En el total desamparo de este infortunado pueblo solo al Estado cumplía el ejercer sobre él su benéfica tutela. Como la ha desempeñado, á la vista está. Díceselo á voces esos doce millones de españoles que no saben leer. Para salir de tan vergonzosa situación se han adoptado eficacísimas medidas. Se ha dejado morir de hambre á los maestros, se retribuye á muchos con 125 pesetas anuales, no hay locales donde albergar á los dos tercios de la población escolar, las escuelas son pocilgas, el material montón de trastos viejos, las almas se nutren con una doctrina que enseña que el saber es pecado y la curiosidad perdió á nuestros primeros padres. ¡Y se lamenta desde el poder la incultura nacional! ¡Y se vuelven locos los estadistas investigando las causas de la delincuencia! ¡Y se solicitan penas para las víctimas de tan criminal abandono! Acostumbrados estamos á que al Es-

tado todo le sea lícito y á que en él sea tenido por justicia lo que es en el individuo delito. Pero, francamente, eso de hacer primero á los ignorantes para castigarlos después, cosa es que pasa de la raya.

Antojásenos que al Sr. Montilla le ha descañado un tanto el propio exceso de su celo. Una generosa indignación le arrastra demasiado lejos. Bueno que nosotros lamentemos la barbarie de un pueblo que no acierta á redimirse. Cuanto al Sr. Montilla, al fulminar contra la ignorancia airados artemas, ¿no recela Su Excelencia zapar por la base el pedestal en que se asienta su propio poder? Si el pueblo español supiera leer y leñera, ¿habría subsistido el orden de cosas que le llevó á su gran desastre? ¿Le gobernarían hoy los causantes de su gran ruina? ¿Sería juguete del Vaticano y víctima del clericalismo?

Por dicha, Sr. Montilla, por dicha para ustedes, el pueblo no se entera. Hay que resignarse á sufrir los efectos de la ignorancia popular. Todo gran bien suele ir acompañado de un sinnúmero de pequeños males. Ciertamente un pueblo embrutecido no puede ser rico, ni libre, ni moral, ni venturoso. Pero si en el año de gracia de 1898 el pueblo español hubiese sido un pueblo culto, bien puede apostarse doble contra sencillo á que no serían á la hora de ahora Sagasta presidente del Consejo, ni el Sr. Montilla (D. Juan) ministro de Gracia y Justicia.

ALFREDO CALDERON.

La trata de blancas

Ha pasado al juzgado de instrucción de la Magdalena el expediente instruido por la sección de Higiene, con motivo de haber sido vendida en treinta pesetas, en una casa de la calle Arco, una agraciada joven de Triana.

Le indujeron á abandonar su casa, en la que vivía con su honrado padre, la amante de su hermano y una mujer llamada Dolores Vega «la Perejil», las cuales se repartieron los seis duros.

Alas ocho días de encontrarse la muchacha en la casa, pudo escaparse y denunciar el hecho.

Por el ministro de Gracia y Justicia se han remitido en estos días varias circulares reservadas á los fiscales de las Audiencias encareciéndoles la activa persecución de «la trata de blancas».

Urge que sea un hecho constante y verdad esa persecución.

Es preciso que se ordene el procesamiento de la *Perejil*, y de otras muchas *malas yerbas* dedicadas al tráfico de la carne de miles y miles de mujeres desgraciadas.

Tan infame comercio tiene público mercado, y de sus transacciones hay diarias noticias.

La *mercantía* se busca por las *Perejilas*, á todas horas, en los hogares más honrados, siempre que en ellos con la miseria entre el hambre, recurriéndose á la astucia y al engaño más criminal en otros muchos casos, cuando la ganancia en *el negocio* lo merece.

Ese secuestro de honras y de carne virgen, que luego se vende en treinta pesetas en el lupanar, ejecútase en Sevilla hoy á la luz del día y con éxito tan escandaloso, que infunde en el ánimo verdadera amargura.

El vicio hiere pronto de muerte las naturalezas, apesar de ser juveniles, y las pobres flores maculadas, corrompidas, arrojadas por conciencias miserables en el lodo del camino, caen al fin, en breve tiempo, en las salas de los hospitales, convertidas en inmundos despojos, con el cuerpo que un día parecía de espumas y de rosas, moldeado por ángeles, convertido en masa informe de pústulas y úlceras sangrientas, mártires del crimen de una sociedad de tahures encanallados.

El *venuevo* se exige por el comprador de placer. El vicioso lo paga. Da su moneda de plata, y hay que ofrecerle lirios que no estén marchitos. Carne viva, florescente, con las palpitaciones de la virginidad, quiere el tahir, y no falta quien se la busque.

Celestinas las hay á millares, y arrastrándose como babosas se les ve husmear y acercarse públicamente á las que escogen por víctimas, apoderándose al fin de ellas con seducciones deslumbrantes á la ignorancia, á una miseria sin horizontes de consuelo y sin piedad humana que la calme.

La *venta* de esas desdichadas lleva consigo su encarcelamiento, encerrándose las como á bestias feroces para corromperlas más fácilmente. Y entonces es cuando, robada su libertad, se la roba todo su pudor y su dignidad de mujer, despedazando los impulsos de su corazón y pervirtiendo sus naturales nobles instintos de ser humano, para trocarla en instrumento de todos los excesos, en animal de placer, bajo el látigo del chulo, cómplice también en el robo de

la ganancia que la prostitución escupe en las manos de la *pupila*, obligada por fuerza á ofrecer su carne sonriente y alegre á todas las invidias, con tal que se ponga entre sus dedos una moneda de plata.

¡Abajo esas cárceles, señores jueces! Y que se abran las otras, las de la justicia, para tanto infame traficante. Persígase de una vez esos crimenes.

¡Un poco de humanidad y un poco de justicia en la tierra!

No es mucho lo que pedimos.

EL PERRO DEL LABRADOR

Un señor de Andalucía, opulento labrador, para guardar su labor ocho ó diez perros tenía.

Eran los tales tan flojos que la vida se pasaban dormidos, y no ladraban por no despegar los ojos.

Entre aquellos ocho ó diez uno, menos perezoso, escapábase gozoso al monte más de una vez.

Allí saltando con fiebre y hartándose de trotar, un día llegó á atrapar una magnífica liebre.

Como cazador ya viejo salió el perro al otro día, y á las dos horas volvía con un hermoso conejo.

En vez de imitar á aquél sus colegas envidiosos, le censuraban furiosos con una saña cruel.

Pues tolerar no podían en su egoísmo perruno, que despierto hubiese uno mientras los demás dormían.

Cierto día se reunieron, y sin tener compasión, al cazador de afición todos, todos le mordieron.

Como los perros del cuento hallarás, aunque te asombres, muchos, muchísimos hombres, ¡más del noventa por ciento!

J. VILLALOBOS DE VARGAS.

De actualidad

El viernes en Almería se dará un banquete á Salmerón.

Dícese que en su discurso hará declaraciones de trascendencia política.

Barcelona: las regatas preparatorias las ganaron los catalanes.

Entre un conservador y un fusionista caracterizados se ha cruzado una apuesta, afirmando el primero que no se reunirán las Cortes.

Londres: el aeronauta Spencer proyecta realizar una expedición en globo al polo Norte, el año próximo.

El Cónsul de Inglaterra en Colón ha recibido orden de su gobierno de ofrecer á los Estados Unidos todos los buques de guerra fundados en Colón.

Supónese que se trata de una intervención armada.

El gobierno ha desistido del proyecto de nuevos viajes del rey.

Sagasta considera inútil hablar del asunto, puesto que hasta Mayo no hará el anuncio á las provincias de Levante y Andalucía.

En Moscú ha sido preso un extranjero que se titulaba heredero del trono de Bosnia y acusaba al gobierno de Austria de usurparle documentos.

Créesele loco.

En la Presidencia del Consejo se ha dicho que la Corte regresará del 8 al 10.

En breve Rodríguez entregará al ministro de la Guerra una importante suma para pago de alcances de los repatriados de Ultramar.

Al próximo Consejo Moret llevará varios proyectos.

Considéase verosímil una combinación de ascensos militares en que se otorgue á Martitegui la capitánía general vacante.

En Camatrá inauguróse el concurso de mineros.

Amsterdam: los generales boers publicaron un manifiesto exponiendo la ruina del Africa del Sur donde hay destruidas 30.000 casas.

Visitarán todos los países para arbitrar